

Importantes cambios en la situación internacional



Carlos Ortiz de Rozas



Hace diez años nació el Instituto de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de la Plata y con él, la Revista que a lo largo de esta década ha dado cuenta de la febril actividad realizada por la institución al tiempo que abría sus páginas a colaboraciones que cubrieron los temas más destacados de la escena internacional.

El Editorial de su número 19 estaba precedido por la transcripción de este pensamiento del Dr. René Favaloro: *"Sólo los apasionados realizan obras duraderas y fecundas"*. Parecería que ese grande de la ciencia médica argentina hubiese escrito esas palabras teniendo en mente al Dr. Norberto E. Consani. Porque gracias a su empuje, perseverancia y espíritu inquieto fue posible fundar y darle continuidad al IRI, que desde su creación tan eficientemente dirige colocándolo a la par de las mejores corporaciones dedicadas a la investigación y el debate en esas materias.

Tuve el privilegio de estar entre aquellos que desde un principio supieron de su iniciativa de formar una tribuna en la que pudieran participar personas de todos los sectores para aportar sus ideas, reflexiones y análisis sobre los hechos que concitan la atención mundial. He sido testigo del tesón con que ha llevado adelante ese emprendimiento, del que han sido beneficiados los que han asistido a los distintos foros que ha organizado o quienes leemos las interesantes contribuciones publicadas en la Revista. Van pues para él mis felicitaciones y since-

ro homenaje por su importante obra.

Hace unos meses – creo que fue en agosto – con motivo de la celebración del primer decenio el Dr. Consani me pidió un artículo sobre el estado de las relaciones internacionales en ese momento. Acepté complacido pero como pocos días después debía hacer un viaje a Europa, quedé en que se lo entregaría a mi regreso a Buenos Aires. Como era de esperar ahora me ha reclamado lo prometido. La diferencia estriba en que de haber podido escribir sobre lo que acontecía entonces mi evaluación hubiera parecido la descripción de un cuadro casi pastoril comparado con el estado de cosas que prevalece en la actualidad a raíz de los salvajes hechos del 11 de septiembre.

Desde los más simples ciudadanos hasta los principales dirigentes en todas las latitudes tuvieron la misma reacción apenas producidos los ataques terroristas. Intuitivamente coincidieron en afirmar que ya nada sería igual y que el mundo iba a cambiar. Y vaya si ha cambiado. Los hechos les están dando la razón.

Una vez superado el estupor inicial, en un plazo que bien puede medirse en horas más que en días, todos los gobiernos – salvo contadas excepciones – expresaron su solidaridad con los Estados Unidos y condenaron enérgicamente el terrorismo. Los más importantes organismos internacionales, entre los cuales la Asamblea General y

• • • • •



Ex embajador argentino ante los gobiernos de Austria, Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Santa Sede y la ONU

• • • • •

el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, la Organización de la Unidad Africana, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la Liga Árabe y hasta el Consejo Mundial Islámico, se pronunciaron en contra del terrorismo interna-

Si bien en todas partes se advierten cambios notables como consecuencia de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, es en los propios Estados Unidos donde son más profundos y de más vastos alcances

cional. Nunca antes se había registrado una tan rápida como espontánea unanimidad sobre un tema que, hasta entonces, estaba sujeto a interpretaciones divergentes. Lo que para unos eran crueles actos criminales para otros eran sacrificios realizados con fines exclusivamente patrióticos. La diferencia que esta vez unificó criterios fue la ausencia de una causa nacional y la magnitud de una agresión fríamente preparada y perpetrada con el propósito de causar el mayor número de víctimas posible.

Si bien en todas partes se advierten cambios notables como consecuencia de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, es en los propios Estados Unidos donde son más profundos y de más vastos alcances. Se notan en una sensible alteración de las costumbres en una población psicológicamente atemorizada, que desconfía de los desplazamientos aéreos y que se impone limitaciones en el consumo y en sus in-

versiones perjudicando, una economía en regresión. A ello se agrega una ley antiterrorista recientemente aprobada, que restringe muchos de los derechos individuales y colectivos, especialmente de los extranjeros que habitan en ese país o de condicionamientos a la difusión de ciertas noticias.

Pero es en la política exterior donde se ha precipitado verdaderamente un giro fundamental. El total respaldo que le brinda la opinión pública, que en las graves crisis siempre se alinea sin fisuras detrás de sus dirigentes, le ha permitido al presidente George W. Bush conducir en esta emergencia una completa reorientación en la acción de su gobierno en ese campo, de una manera y con una prontitud que hubiera sido impensable en tiempos normales. De eso va a dar cuenta este análisis, dejando de lado los aspectos concernientes a las operaciones militares o de seguridad que al estar evolucionando con tan pasmosa celeridad, de entrada desactualiza cualquier referencia que pueda hacerse en un momento dado.

Un cambio radical de la administración Bush es que no insiste más en políticas unilaterales que durante los ocho primeros meses de su gestión, para decir lo menos, hasta despertaron serias reservas entre sus más estrechos aliados. Por el contrario, se apoya cada vez más en acciones multilaterales en consulta con la coalición de estados que ha sido constituida para combatir el nuevo tipo de guerra contra el terrorismo o el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde ha llegado incluso a saldar la abultada deuda que desde hace años mantenía con la organización.

Así, para Washington la muy cuestionable expansión de la OTAN ha dejado de ser una prioridad. Aquí es bueno recordar que el presidente Clinton y en particular su secretaria de Estado, la Sra. Madeleine Albright, impulsa-

ron la ampliación de la Alianza Atlántica para llevarla casi hasta las fronteras mismas de Rusia mediante la incorporación de países satélites de la ex Unión Soviética que antes integraron el Pacto de Varsovia. Esta iniciativa injustificada once años después que

Es en la política exterior de los Estados Unidos donde se ha precipitado verdaderamente un giro fundamental

el Tratado de París diera oficialmente por concluida la "guerra fría", fue percibida por todos los sectores rusos como una deliberada provocación. Moscú tiene una dramática experiencia histórica y, por lo tanto, una lógica prevención cuando ejércitos occidentales se acercan a su vecindad. Siempre mantiene vivo el recuerdo de la invasión napoleónica y los 20 millones de muertos que le dejó la guerra contra la agresión de la Alemania nazi.

El argumento de que dicha alianza sólo persigue fines defensivos ya no tiene validez desde que en 1999, al celebrar el 50° aniversario de su creación, sus miembros resolvieron alterar el mandato original otorgándole facultades para intervenir militarmente fuera de su jurisdicción habitual – el atlántico norte – y aunque no haya sido atacada. Por más seguridades que se pretendan dar que Rusia no está en sus miras, lo que importa es la percepción que de ella tienen los rusos. Y a ese pueblo nadie les quita las sospechas de que no es simplemente para admirar el paraje que la OTAN quiere instalarse en lo que hasta el descabro del comunismo constituía su principal línea de defensa. En verdad, desde un punto estrictamente objetivo nunca se entendió que perseguía realmente

la OTAN con esta movida que no responde a una imperiosa necesidad. Así pues, se acrecentó esa preocupación se acentuó cuando Bush hizo pública su intención de proseguir activamente con ese proyecto.

Pero las cosas suelen a veces dar un giro inesperado. El presidente Vladimir Putin fue el primer jefe de estado en llamar a Bush para expresarle su total repudio a los sangrientos atentados y su decisión de enrolarse en la campaña que se libraría contra las organizaciones terroristas. Pasando de las palabras a los hechos, Moscú le concedió el uso de su espacio aéreo a las fuerzas norteamericanas que se dirigen a Afganistán y ejerció su notoria influencia sobre Uzbekistán y Tadjikistan, ex repúblicas soviéticas, para que también les permitan realizar operaciones directas desde sus territorios. Con el conocimiento de sus ocho años de fallida ocupación afgana les presta valiosas informaciones acerca de los errores que deben evitar en ese difícil territorio y, como si fuera poco, acaban de retirar de Cuba la estación de escucha electrónica que tenían insta-

Para Washington la muy cuestionable expansión de la OTAN ha dejado de ser una prioridad

lada en un suburbio de La Habana, desde controlaban gran parte de las comunicaciones civiles y militares de la costa atlántica de Estados Unidos. Más aún, está dispuesta a compartir la delicada responsabilidad de apoyar la formación de un gobierno de coalición entre las diferentes etnias afganas una vez concluida la lucha contra los talibanes y la gente de Ben Laden. En síntesis, en las actuales circunstancias

Rusia se ha convertido en un aliado político y geoestratégico irremplazable para Washington.

*En las actuales circunstancias
Rusia se ha convertido en un
aliado político y geoestratégico
irremplazable para Washington*

Desde Pedro el Grande en adelante esa inmensa nación, que llega hasta los confines del Asia, ha procurado demostrar su vocación europea. En un reciente discurso pronunciado en alemán ante el Reichstag, Putin reiteró que su país se siente europeo y que quiere ocupar su lugar junto a las demás naciones europeas, como bien sabía y alentaba desde hace mucho el general De Gaulle con su propuesta de configurar una asociación de naciones que fuera del Atlántico hasta los Urales. Además, en la sede de la OTAN, en Bruselas, Putin aseguró que aceptaría una solución que incorporara a Rusia a la alianza occidental. Sería entonces un total desatino proseguir con ese irracional intento.

Como si hubiera madurado de repente, así lo ha comprendido Estados Unidos que de ahora en más se propone buscar una solución para estructurar un sistema de seguridad de común acuerdo con Rusia. Esta nueva percepción de la realidad ha determinado que también comprenda que si hubo excesos en Chechenia o en Sinkiang es porque también allí rusos y chinos han estado combatiendo con elementos terroristas entrenados en Afganistán. Es decir, se han percatado que las relaciones internacionales, después de todo, nunca son completamente asépticas.

Las declaraciones de Bush y Putin, al término de los tres días de delibe-

raciones que mantuvieron en Washington y en Crawford, la propiedad de aquel en Texas, son muy reveladoras. Según surge de ellas los dos mandatarios han transformado una relación caracterizada por la hostilidad y la sospecha en otra de colaboración y confianza. Ambos dijeron estar unidos en el claro objetivo de enfrentar a los terroristas en todas sus manifestaciones y de impedir que adquieran y utilicen armas nucleares, químicas y bacteriológicas; de combatir el crimen organizado y el tráfico de drogas; de trabajar juntos en la reconstrucción de Afganistán; y de promover una sola comunidad europea que incluya a Rusia. Vasto programa que, finalmente, da por concluido el largo período posterior a la caída del muro de Berlín que, por recelos norteamericanos, frustró un efectivo acercamiento con la potencia euro-asiática y la resolución de los problemas bilaterales pendientes.

*En la sede de la OTAN,
en Bruselas, Putin aseguró
que aceptaría una solución
que incorporara a Rusia
a la alianza occidental*

Sin embargo, sobre una importante y espinosa cuestión no fue posible llegar a un acuerdo en esa entrevista. Al parecer Estados Unidos sigue empeñado en levantar el llamado "escudo antimisilístico", no obstante la expresa prohibición del tratado ABM de 1972 suscripto con la ex Unión Soviética luego de largas y duras negociaciones. Ese instrumento, al que Bush ha calificado de "reliquia de la guerra fría", en rigor sirvió para estabilizar las relaciones entre las dos grandes potencias nucleares al establecer que ninguna de ellas podía erigir ba-

rreras para protegerse de un posible ataque con esas armas. De esa manera consagraba el “equilibrio del terror” en virtud del cual si una de las partes decidía desencadenar un conflicto nuclear, al carecer de defensas adecuadas se exponía a una retaliación de igual o mayor intensidad. En otras palabras, el atacante podía sufrir daños tan grandes que resultaba sumamente arriesgado intentar una aventura de ese tipo. No es exagerado afirmar que gracias a ese tratado se pudo evitar un conflicto de imprevisibles consecuencias para nuestra civilización.

Bajo la administración Clinton se dieron los primeros pasos conducentes a erigir el mentado escudo. Incluso se hizo una prueba con un misil interceptor que fracasó.

Al asumir el poder Bush, posiblemente bajo la presión de la industria de armamentos que codicia contratos por valor de 60 mil millones de dólares, anunció su determinación de llevar adelante el plan antimisilístico que, según explicó, está destinado a evitar agresiones por parte de estados irresponsables, poniendo como ejemplos a Irak, Libia y Corea del Norte. Las excusas no fueron demasiado convincentes ya que es sabido que ninguno de ellos posee la capacidad de llegar a Estados Unidos con misiles intercontinentales y, en el caso eventual de que así fuera, la respuesta sería de tal calibre que borraría del mapa al estado atacante. En rigor, la presunción generalizada ha sido que el escudo fue concebido temiendo principalmente a Rusia y China, que sí tienen tal posibilidad.

La enérgica oposición no se hizo esperar. Moscú acusó a Washington de iniciar una nueva y peligrosa carrera armamentista toda vez que no podría eludir su obligación de adoptar medidas similares. Los propios aliados europeos plantearon serias dudas sobre la conveniencia o necesidad de

dejar de lado un tratado que había probado su indiscutida utilidad,

Claro está, los sucesos del 11 de septiembre incidieron para que Estados Unidos también cambie su posición a este respecto. Consciente de que Rusia, en su nuevo rol de aliado no tolerará una acción que lesione sus intereses, Bush ha puesto un freno a la construcción del sistema defensivo antimisilístico acordando con el presidente ruso que buscarán conjuntamente una alternativa que sea aceptable para ambos. Ha sido esta otra consecuencia positiva del desastre que causó miles de víctimas inocentes.

Ya en 1995 China, Rusia, Kazajstán, Kirguiztan, Tadjikistan y Uzbekistán constituyeron el denominado “Grupo de Shangai” con el principal propósito de erradicar el terrorismo que afectaba a los seis países

China no ha escapado a la reformulación de la política exterior norteamericana. No en vano Beijing se colocó junto a Estados Unidos en esta emergencia, involucrándose por primera vez en una crisis de alcance mundial. Quizás porque han sufrido en carne propia atentados terroristas perpetrados en la separatista provincia de Sinkiang, rica en minerales, donde habrían operado elementos entrenados en Afganistán. Cabe señalar que ya en 1995 China, Rusia, Kazajstán, Kirguiztan, Tadjikistan y Uzbekistán constituyeron el denominado “Grupo de Shangai” con el principal propósito de erradicar el terrorismo que afectaba a los seis países. No sería de extrañar que el gobierno del presidente Bush, en una evaluación más realista de la situación, busque fórmulas de enten-

dimiento con los chinos llegando, incluso, a una suerte de arreglo tácito acerca de Taiwán. Con su ingreso a la Organización Mundial de Comercio, meta largamente anhelada, la República Popular tiene de ahora en más un mayor grado de responsabilidad que la obliga a adoptar actitudes acordes con el nuevo escenario internacional.

*India no ha permanecido
ajena a todos estos cambios.
Se incorpora a un mapa estratégico
que augura bien para la paz y el
progreso en el continente asiático,
donde sin duda Nueva Delhi
está llamada a jugar un
papel preponderante.*

India no ha permanecido ajena a todos estos cambios. No sólo Washington le ha levantado las restricciones que sobre ella pesaban en razón de su desarrollo de armas nucleares sino que a renglón seguido, a través del talentoso secretario de Estado, Gral. Colin Powell, ha negociado la iniciación de una fructífera etapa de abierta cooperación política, económica y tecnológica. Así desaparece la renuencia con que era tratada la más populosa democracia del mundo y se la incorpora a un mapa estratégico que augura bien para la paz y el progreso en el continente asiático, donde sin duda Nueva Delhi está llamada a jugar un papel preponderante.

Muchas apreciaciones más es posible consignar respecto de las profundas transformaciones registradas como consecuencia de los terribles acontecimientos de hace apenas dos meses. Pero para finalizar es indispensable citar la que, probablemente, tenga más hondas repercusiones. En un discurso obviamente bien preparado y calibrado,

George W. Bush, presidente de la potencia que ha sido el indiscutible sostén y el más fiel aliado de Israel desde su fundación, por primera vez reconoció la conveniencia de que se establezca un estado palestino. Como si fuera poco se refirió a él como Palestina. Y para que no hubiera dudas sobre su posición, agregó que la solución radica en la aplicación de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que pide el retiro de las fuerzas israelíes de territorios árabes ocupados y consagra, entre otros principios, la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza y el derecho de todos los estados de la región a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas internacionalmente. Para completar el cuadro dijo que Jerusalén debía estar sometida a una soberanía compartida entre judíos y palestinos. Nunca antes ninguno de sus predecesores había osado ir tan lejos.

No podría dejar de señalar en este punto que el texto de la Resolución 242, que recoge los puntos de vista expuestos por las naciones latinoamericanas en la reunión de emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 1967, fue redactado de puño y letra por el entonces embajador argentino ante esa organización, Dr. José María Ruda. A este destacado diplomático y jurista, que llegó a ser presidente de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, nuestro país, cuantas veces ingrato con los hombres que lo han prestigiado, le debe todavía un merecido homenaje póstumo.

Es evidente que Washington ha llegado a la conclusión de que para eliminar totalmente el terrorismo organizado y establecer una paz justa y duradera, es preciso solucionar cuantos antes el permanente problema del Medio Oriente sobre bases consensuadas entre las partes en conflicto. Parece que esta vez Estados Unidos se propone ejercer una influencia decisiva so-

bre ellas adoptando una actitud firme pero más ecuánime que en el pasado.

Falta mucho aún para que termine esta guerra emprendida para erradicar el terrorismo internacional. No sólo en la faz militar en Afganistán, que todo hace prever se acerca a un pronto desenlace, sino también en otros países donde han habido y siguen habiendo actividades de ese tipo. Pero desde ya

es factible extraer un saldo ampliamente positivo de los luctuosos sucesos que enlutaron a la gran potencia del norte: las relaciones entre las principales naciones del mundo, que tienen el poder real, repentinamente se han encaminado hacia un porvenir de entendimiento y concordia que augura bien para la humanidad.

